

Carlos Keller R.

CONVERSACIONES EN EL DESIERTO

DESDE LAS ALTURAS

VOLAR, volar, volar....

Sobre cerros, montañas, minas; sobre caseríos y esteros. Casi todo es montaña. Montaña inmensa, montaña de todos los colores: amarilla, cobriza, blanca, negra, azul, verde y roja.

El paisaje de Santiago a Antofagasta es una gigantesca sublevación de la montaña contra el llano. Casi siempre triunfa la primera. Sólo de vez en cuando el llano logra extenderse, y entonces la vista se vuelve más monótona. Allá abajo debe arder el sol. No lo podemos apreciar desde aquí arriba, pero el mapa indica nombres sugestivos: Llano de las Piedras de Fuego, Llano de la Paciencia. Y los libros también lo dicen.

El desierto ha sido modelado por un sublime artista del pastel: no hay en él formas bruscas y expresivas, todo es suavidad, y los colores han sido colocados con refinado gusto. ¿Qué sería de los hombres aventureros del desierto, si el paisaje no refrenara sus pasiones?

Pues esta es zona de conquista. El hombre avanzó palmo a palmo, buscando el dorado y el blanco metal, colocando su pie victorioso sobre cumbres casi irreductibles. Es cierto, desde arriba la conquista del desierto parece tan fácil. Los cerros señalan pequeñas aberturas negras que son las boca-minas. De ellas ha caído el material estéril de los desmontes, y en sus alrededores se encuentran los cimientos de algún edificio abandonado y las pircas de un corral. A veces también una mancha verde y unos dos o tres árboles, cuando la mina se convirtió en vertiente. Pero esto sólo muy de vez en cuando. La nota fundamental es la aridez.

La tela de pastel que es este paisaje, no obstante la armonía de sus formas y colores, no adolece de dinamismo. Al plano de los llanos sigue el crescendo de las colinas, el forte de los cerros y el fortísimo de las altas montañas. Es una armonía infinitamente variada la que domina a este inmenso océano en constante movimiento. Hay en él, orden, melodía y ritmo.

Pensar en la tristísima soledad de los valles y quebradas que cruzan el desierto-montaña. La borra gris que llena el lecho de ríos que no existen, aparenta una corriente líquida que no hay. El sol debe convertir esos valles en un infierno. El viento agita el avión y levanta una polvareda en el valle. A veces, la tempestad debe arremeter contra las montañas, y cuando se desencadena una tormenta de lluvia—eso será en intervalos de muchos años—, el valle será inundado por las aguas. Pero como nada las sujeta, se precipitarán rápidamente al océano, y en pocas horas volverán a predominar el desierto. Quizá por pocos días comiencen a florecer los cerros, y entonces este paisaje debe ser avasallador.

Dentro de la inmensidad del desierto, la línea férrea que lo cruza parece una huella que una mano infantil trazó en la arena. Por lo demás, en 1,200 kilómetros recorridos descubrimos dos trenes, que eran como juguetes.

A medida que avanzamos hacia el norte, se extingue lentamente el verde. Doce veces cruzamos una pequeña faja verde que ostenta rica vegetación. Pondré aquí los nombres: Aconcagua, La Ligua, Petorca, Choapa, Illapel, Combarbalá, Cogotí, Limarí, Hurtado, Elqui, Vallenar y Copiapó. Un valle cada cien kilómetros. ¿Qué ancho tendrán? Algunos alcanzarán a extenderse unos 500 metros, pero la mayoría no pasará los 200.

Desde arriba se ve que el ferrocarril y el camino falsifican el paisaje. Buscan el verde. Tratan de cobijarse en él el mayor tiempo posible, como si temieran penetrar en el desierto. Dan grandes vueltas, para no apartarse del verde. Siguen siempre los valles longitudinales. Tienen sed de verde, como el hombre.

El avión es imparcial. Corre en línea recta. Ofrece un corte de austeridad objetiva del país. No se preocupa de los detalles topográficos. Desde el avión, el paisaje se presenta como un mapa ideal. Es cierto que hace desaparecer muchos detalles. Pero para conocerlos, se han escrito los libros.

Desde arriba, todo se contempla *sub specie aeterni*. En el valle, las montañas cierran la vista. Contemplamos los cerros y nos preguntamos, ¿qué habrá detrás de ellos? Cuando niños, nos decían que una de las cualidades de Dios consistía en poder

ver los objetos desde todos los lados simultáneamente. Desde el avión, esta manera de ver es la esencial. Se observan ambas laderas de los cordones de cerros. Se obtiene la visión del conjunto. Y eso vale más que la miopía que resulta de perderse en detalles.

¡Doce fajas infinitamente estrechas sobre 1,200 kilómetros recorridos! ¿Quiere expresarse mejor la aridez de este país? Lo que existe fuera de esos estrechísimos valles, es desierto. Al principio, hasta La Serena, y aun más allá, hasta Copiapó, una vegetación cada vez más rala cubre los cerros, especialmente en la zona de la costa y en la alta cordillera. De ella viven manadas de cabríos, y aun logra alimentar algún ganado durante unos pocos meses, cuando caen las lluvias. Alguna leña también se extrae de ella. También hay regiones en que se dan los cereales de rulo, aunque siempre expuestos a los peligros de un año demasiado seco. Hay también algunas aguadas, en que un campesino ha levantado un mísero rancho, trepando a las altas montañas, para vivir en la soledad de aquellos páramos desamparados. Pero si se suma el valor que producen estas explotaciones esporádicas, ¿resultará el valor de la cosecha de una sola grande hacienda de la zona central o austral?

Como las minas, mucho más numerosas que los recintos ocupados por campesinos, las pequeñas posesiones agrícolas se pierden en la inmensidad del desierto. Contempladas desde arriba, casi producen hilaridad. Pero no. Uno piensa en el esfuerzo de estos hombres. Piensa en su afán de aprovechar la última gota de agua, de imponerse frente al desierto. Piensa en la tristeza de esa vida solitaria, en los sueños que el sol poniente y la claridad de la noche debe sembrar en aquellas almas, surgidos del choque entre la estrechez de su vida y la inmensidad del paisaje. Piensa en eso y los admira. Quisiera ayudarles. Decirles una palabra bondadosa. Dejarles algún obsequio de una vida mucho más rica y complicada. Ver sonreír sus ojos. Oír alguna palabra de sus labios secos y varoniles. Pero, quizá, la aridez del desierto los haya momificado y su gesto sea como el de las momias de Chiu-Chiu. Es decir, de una resignación desesperante.

Las ciudades se presentan como pequeños tableros de ajedrez en miniatura. Infinitos senderos convergen hacia ellas de todas partes, y en el punto en que se entrecruzan, parece que el espíritu ordenador del hombre se ha complacido en resolver la sinuosidad natural de las huellas en un juego matemático de líneas y cuadrados. Es como si el dueño de la creación hubiera querido dejar un testimonio de su existencia, superpo-

niendo a la naturaleza una imagen de su cerebro. El trazado de las ciudades pone una nota de desarmonía a la magistral composición del paisaje. Pero como apenas hay ciudades en ese inmenso recorrido, la naturaleza es más fuerte y ella se impone ampliamente. Por lo demás, esas ciudades no parecen más que parcelas cultivadas de un fundo.

Más allá de Copiapó la aridez del desierto ha destruído todo vestigio de vida. Cruzamos las inmensas quebradas de Chañaral, de Doña Inés Chica, del Carrizo, de la Cachina y de la Peineta. La soledad es indescriptible. Arena amarillenta y sol abrasador. A veces una huella, formada por los pasos de los indios y arrieros que han cruzado esos desiertos en el curso de los milenios y que ninguna lluvia ha borrado. La tristeza del paisaje lo invade a uno. Y sin embargo, nos sobrecoje el deseo de cruzar esas soledades, de colocar el pie sobre la arena, de avanzar por los valles, de conquistar alguna quimera. El anhelo de lo infinito nos es trasmitido por el paisaje. Y por primera vez comprendemos la fuerza mística que impulsó a los conquistadores del desierto a emprender la arremetida contra lo desconocido. Esas huellas a través del desierto son como la ruta hacia la infinidad.

La bahía de Chañaral está llena de camanchaca. La neblina parece llenar toda la costa. Donde se abren los cerros de la costa, la podemos percibir, y a veces se extiende más allá de las primeras cerranías del litoral. Es como si el océano se encontrara en cocción y el vaho quisiera invadir el desierto. Pero éste es más fuerte. Alcanza hasta la misma costa, y la humedad de la camanchaca no logra despertar la vida en los arenales. El contraste no deja de ser grotesco, pues nadie sospecharía que un paisaje cubierto la mayor parte del año de neblina, pueda ser muerto. Anoto en mi diario: lo húmedo se aviene con lo estéril. Casi me parece estúpida la afirmación, pero no encuentro otra expresión.

Más allá viene la región salitrera. El paisaje adquiere ahora un matiz más claro.

Desde arriba, y a pesar del inmenso respeto que les infunde a las categorías de nuestro pensamiento «nuestra primera industria nacional», las salitreras se presentan como aquellos juguetes de máquinas, casas y ferrocarriles que se regalan a los niños.

Las oficinas parecen estrellas de mar. Hacia todos los lados irradian de ellas huellas y pequeños ferrocarriles. Ahora todo eso está abandonado. No corre ningún tren, no sale humo de ninguna chimenea, excepción hecha de Santa Luisa en Taltal.

Los rípios tienen siempre la forma de una doble luna que converge hacia la oficina. Las calicheras explotadas se asemejan a un terreno cubierto de musgos. Son manchas de color más oscuro dentro del desierto amarillo. En los bordes parecen encrespase.

La superficie explotada es insignificante, en comparación con la explorada, pero aun no tocada. Todo el desierto está cruzado de linderos, marcados en forma de líneas trazadas en el terreno. En trechos regulares los tiros han abierto la superficie, indicando que existen reservas de caliche. Estos terrenos calicheros se extienden mucho más al sur de Taltal, y en el norte se confunden con los de Antofagasta.

Pronto nos encontramos frente al primer salar de la Pampa, aquel que se extiende entre la Sierra del Muerto y la de Vicuña Mackenna. Las borras estancadas en la Pampa simulan la existencia de un lago. Pasamos frente al cerro de la Campana, observamos el panorama de la Pampa de Aguas Blancas, cruzamos las cerranías suavemente plegadas que quedan al oriente de la Quebrada de Mateo y aterrizamos en el aeródromo de Portezuelo, a 18 kilómetros de Antofagasta.

¿Es el volar una fatiga, una pesadilla, hay sensación de peligro, de encontrarse en medio del vacío? Es un encanto. Hay sensación de firmeza, de «línea», de seguridad. Es como manejar un automóvil de noble estirpe, franquear los escollos con mano segura, pasar con gran rapidez entre vehículos y objetos y detenerlo elegantemente al llegar al término del viaje.

El espíritu se encuentra en actividad intensísima. Puede vagar sobre montañas y desiertos. Puede hacer piruetas, perderse en reflexiones inexpresables y volver a su ruta natural. Puede retroceder hacia los tiempos más primitivos y avanzar hacia un futuro incógnito.

El volar despierta en nosotros muchas cosas adormecidas y nos obsequia una vida de mayor plenitud y más rica en sus formas.

Quien lo haya experimentado, lo reconoce agradecido.

SALITRE

De Portezuelo a Antofagasta son 22 kms. Se atraviesa el Salar del Carmen, dentro del cual se encuentran las ruinas de la primera oficina salitrera instalada en esa región.

En las laderas de los cerros de la costa, la camanchaca hace crecer algunas flores de vivos colores, que transmiten una nota de alegría al terreno estéril.

La ciudad ofrece un aspecto de vida civilizada moderna, que contrasta con la aridez del desierto que hemos dejado atrás. Es una mezcla de Valparaíso y Temuco. No tiene carácter propio. Es que el Norte es un apéndice del Valle Central, de que todo recibió y asimiló.

Reflexiono acerca de este hecho. ¿Cómo es posible que la vida tenga un fondo tan estático y permanente? ¿Cómo explicar que el paisaje no haya transformado al individuo, cambiando su carácter, su mentalidad, sus anhelos?

Pues en el hotel tocan los mismos bailables de Santiago visten de la misma manera, tienen el mismo gusto en todo, la misma fisionomía. Y aun los mismos problemas.

Conversando con los miembros del Comité Civilista, de tanta ingerencia en la política de estos últimos meses, me convengo de que lo que les interesa es la política santiaguina. Piensan permanentemente en la capital, viven de ella, quisieran participar en sus asuntos, gobernarla, dominarla.

—Queremos que en Santiago sepan que deseamos un Gobierno estable, civilista, constitucional. Deseamos que se respete a la autoridad. No toleramos que se malgasten los fondos del país. Propiciamos el orden y la austeridad. Nos hemos agrupado aquí a fin de posibilitar un Gobierno de esta naturaleza. Queremos que los politiqueros y los militares sepan que existe un frente único que se opondrá a toda tentativa de perturbar la marcha del Gobierno

Es el eterno anhelo de todas las provincias: hablan pestes de nuestra capital, pero desean absorberla.

He buscado algo propio y particular en Antofagasta. No es tan sencillo encontrarlo. Quizá podría citar las ruinas del establecimiento de beneficio de estaño de Patiño, allá afuera, sobre el camino hacia Caleta Coloso. Las murallas se yerguen al cielo cual un fantástico castillo. Podría referirme también a Caleta Coloso, escondida como un nido en un rincón de la bahía. Ahí los carros del ferrocarril están colocados en hileras, como si de repente tuviera que sonar el pito, para que partiera el tren. Y las enormes grúas extienden sus brazos, como si tuvieran alguna esperanza de levantar algo. Y las lanchas se mecen sobre el océano como si tuvieran que transportar algo. Pero todo eso está abandonado. El moho está carcomiendo el metal. El único ser viviente es un pescador que está durmiendo sobre el muelle. Y una gaviota que lo está mirando desde la grúa. Todo eso es completamente inútil.

Detrás del pueblo, algunas bocaminas indican que los cerros encierran metales. Pero nadie trabaja las minas.

¡Y pensar que Caleta Coloso le debe su existencia a la falta de capacidad de Antofagasta! Ahora hay 12,000 cesantes en la ciudad. Me dicen que no se quieren ir al sur, por haberse arraigado en la ciudad. El Estado les ayuda con alimentos. Ellos creen en el resurgimiento, esperan el día en que todo ese equipo paralizado vuelva a moverse, en que resucite la vida.

¿Cómo explicar este amor al terruño, que tan poco tiene de propio que le dé carácter?

Quizá la explicación no se debe buscar en el paisaje; es preciso encontrarla en aquella íntima comunidad que constituye el trabajo común, el sudor dedicado a la obra de todos. El trabajo une más que el paisaje. Todos estos hombres, reclutados de las más variadas regiones del país, y aun del extranjero, son hijos de una madre inmensa: del salitre. Y ese parentesco los une

En la bahía se destaca la silueta de un transatlántico. Hay gran movimiento en el muelle. Nacionales y extranjeros, turistas, ingenieros, comerciantes, gañanes, mayordomos. Damas elegantes con labios rojos.

Fijemos el ojo en algunos personajes que nos acompañarán en las páginas que siguen (1).

Primero uno que se va, pero cuya sombra continuará siguiéndonos: el Ingeniero, el hombre que gastó 32 millones de dólares en la planta de Pedro de Valdivia. Es el prototipo del ingeniero siglo XX. Afable, con ojos azules optimistas. Completamente compenetrado de objetivismo. Para él el mundo es un problema matemático. Hay que buscar la fórmula más acertada y aplicarla. Hay que creer en ella, entregarse absolutamente. De ahí que tenga tanta seguridad en su comportamiento. Y tanto encanto ingenuo en los ojos. El universo es para él un asunto resuelto. Hemos descifrado sus geroglíficos. Sabemos todo y sabemos que lo sabemos.

En seguida el Diplomático. Para él, el mundo es un problema literario. No cree en la técnica ni en las fórmulas. Opina que las cosas tienen un alma escondida, que es preciso descubrir con mucho espíritu de fineza. Ve en todos los problemas las complicaciones psicológicas. Tiene fe en combinaciones espirituales. Pero tampoco se pierde en las regiones nebulosas del otro mundo. Se dice muy pagano y acepta gustosamente los encantos terrestres, entre los cuales incluye las mujeres, el vino y un buen almuerzo, aunque sea chileno. Pero es, sobre todo, un buen europeo.

(1) Ruego al lector no buscar ningún ser de carne y hueso en estas figuras, que son simples decoraciones del paisaje.

Viene después el Ataché Comercial. Es tan europeo como el Diplomático, pero no es literato, aunque también trata de auscultar la vida económica con ojos espirituales. Por profesión tiene que preocuparse de asuntos muy materiales, pero le da preferencia al análisis de la estructura psíquica del *homo oeconomicus*. Es economista contra su voluntad. Estima que un exceso de economía daña a la integridad del hombre. Tiene mucha tradición histórica y cultura secular en sus hábitos.

Finalmente, el Administrador. Como yanqui, es un carácter simple, pero como no es yanqui puro, hay en él otros elementos que varían sus cualidades fundamentales. Cree en la técnica, pero no la considera como una finalidad pura. Se da cuenta de los desastres que la técnica ha ocasionado al género humano, pero tiene fe en la posibilidad de remediar sus males mediante una organización social adecuada. Conoce, además, el poder irresistible del dinero, pero cree que desaparecerá alguna vez. Es una mezcla muy feliz, casi sin contradicciones, de ingeniero, comerciante, capitalista y tecnócrata.

En la quinta Casale, un almuerzo me reunió con todos estos personajes y otros más.

Después del desierto, la quinta Casale es un ensueño. Vegetación exuberante, flores, perfume vegetal.

La conversación fué muy animada.

Los europeos reclamaban salitre barato. Insistían con alguna vehemencia en su punto de vista. De sus palabras se traducía animosidad anti-yanqui.

Los norteamericanos aludían al dumpig alemán. No contestaban con precisión. Al parecer, no tenían interés en hacerlo. En cambio, se refirieron con marcada intención al problema monetario.

—Somos partidarios de la moneda sana, manifestó el Administrador. Yo he perdido el 90 por ciento de mis ahorros en esta crisis. Los valores mobiliarios están excesivamente despreciados. El resto que me quedó lo he invertido en Chile, comprando un fundo cerca de La Serena. Yo creo que la agricultura será la salvación del país. Hay que saber cultivar los campos solamente, producir fruta de alta calidad, para exportarla.

Y siguió alabando los valores puros de la tierra. ¡Qué raro!

Estábamos discutiendo sobre el salitre y terminamos con un elogio a la agricultura.

Más tarde, el Ataché Comercial interroga al Administrador acerca de las cualidades del obrero chileno.

—Oh, contesta aquel, el obrero chileno es tan bueno como el mejor del mundo, quizás mejor. Hemos hecho las mejores

experiencias. Cuando llegaron las primeras palas mecánicas a las salitreras, tuvimos que emplear mecánicos extranjeros, porque el chileno no sabía manejarlas. Hoy día el obrero nacional ha desplazado totalmente al extranjero. Cuando se creó la Coshach, había cerca de 600 empleados extranjeros en la Pampa, ahora son 17. Ustedes tendrán ocasión de apreciar la labor que desarrollan.

El Diplomático protestó.

—No puedo creer que el obrero chileno sea tan bueno como el europeo, dijo.

—¿Y por qué nó? pregunté.

—Porque no es creador, contestó. Puede que realice admirablemente las operaciones que se le enseñen, máxime si se le somete a la esclavitud mecanizadora de la máquina, que lo obliga a trabajar. Pero jamás tendrá el menor anhelo de improvisar, de innovar, de mejorar la técnica.

—No crea eso, señor Ministro, replicó el Administrador. La experiencia que hemos hecho nos demuestra lo contrario. Tiene un espíritu tan alerta y abierto como el mejor obrero extranjero. Ustedes tendrán ocasión de verlo. Todo depende de la forma como se organice el trabajo. Dentro de una buena organización, el obrero chileno es creador.

—Yo creo lo mismo, observé. Desgraciadamente, lo que no hemos conseguido en Chile, es organizar racionalmente a nuestra sociedad. Todo se hace, como decimos, a la diablo, sin método ni sistema. La anarquía de nuestra manera de trabajar implica anarquía espiritual. La creación de que necesita nuestra época no es ya el invento casual de siglos pasados. Hoy día los mismos inventos se hacen con sistema, y por eso sirven para algo. Inventos casuales tienen escasa importancia. Pero de todo esto no se debe inculpar a nuestro pueblo, sino a las clases dirigentes, las que son las responsables del desorden en que se desarrolla nuestra vida.

En esto, al parecer, todos estaban conformes.

Después del almuerzo, el Packard del Administrador nos condujo a la Pampa. El camino es espléndido. El marcador de velocidad señalaba entre 100 y 110 kms. por hora.

Como no hay obstáculos de ninguna especie y el tráfico estaba reducido a un mínimo, por la falta de bencina, avanzamos rápidamente. El Administrador maneja.

A ambos lados se extiende la soledad del desierto. Tres o cuatro veces pasamos por una estación del Ferrocarril a Bolivia, una casita pintada con color verde, que se destaca airesamente del fondo café amarillento de la arena del desierto. La planicie

es interrumpida por lomajes suaves, los que ostentan finísimos colores, de todos los matices imaginables. La pampa es de aspecto sumamente amable, no tiene la menor brusquedad. Parece que la acción del viento ha cubierto todo el paisaje de una capa suave de material ligero.

La estación de Baquedano, donde cruzamos la línea del Longitudinal, se presenta como una inmensa maestranza.

De vez en cuando pasamos por la sepultura de algún cateador muerto de hambre o asesinado en el desierto. Un montón de piedras y una cruz de madera dan testimonio de haber terminado aquí una vida humana. Más allá, observamos el esqueleto de una mula

El único símbolo de vida son los postes de telégrafo y teléfono que nos acompañan. Y la canción del motor del auto.

Converso con el Administrador.

—No es justo, dice, que se arruine todo el universo, porque existen por ahí algunos banqueros que nadie conoce, que han ideado un sistema que les permite acaparar todas las riquezas, sin correr ningún riesgo y que ahora han paralizado la vida, hasta que se les paguen las sumas que figuran en sus libros.

—¿Pero cree usted que nos libraremos alguna vez de ellos?

—Evidentemente. Lo que debemos hacer es reunirnos todos y negarnos a pagar. Mejor aun sería que nos unamos para repartirnos las riquezas acaparadas.

—¿Pero cree usted que esas riquezas acaparadas representen algo más que una mera ilusión? Mucho me temo que en el momento en que tratemos de apoderarnos de ellas, nos encontremos frente a la sorpresa de que no hay absolutamente nada.

—¿Pero cómo puede ser eso?

—Muy sencillo. Porque esas riquezas sólo existen mientras nosotros les atribuyamos existencia y actuemos como si las hubiere, pagando deudas que creemos deber. En el momento en que ya no exista este reconocimiento, tampoco habrá tales riquezas. La humanidad vive bajo la presión psicológica que sobre ella ejercen sus propias creaciones mentales.

Esta frase gustó mucho al Diplomático.

—Es exactamente lo mismo que está ocurriendo en Europa con las deudas de la guerra, observó. Un buen día nadie querrá pagar, y entonces desaparecerá el espejismo. Pero el señor Keller tiene la razón: el problema es mucho más amplio y lo que él dice rige también para todas las demás relaciones contractuales. Sin embargo, mucho me temo que la civilización se desquiciará totalmente, una vez que se deje de respetar los contratos.

—Así será, repliqué. Pero el hecho es que estamos evolucionando rápidamente hacia ese nihilismo.

El Administrador me preguntó si llegué a conocer al profesor Vavílow, delegado del Soviet, gran figura internacional en el campo de la biología, que hace poco estuvo dos días en la Pampa

Lo conocí.

—El millonario boliviano Aramayo se enojó mucho conmigo, dijo el Administrador, por haberlo invitado a una comida junto con Vavílow.

Y comenzó a hablarme del profesor ruso. Su robusta personalidad, esa mirada risueña que lo caracteriza, ese frente varonil, su profunda credulidad en el éxito del nuevo sistema, sin dejar a un lado la objetividad del investigador científico habían impresionado profundamente al Administrador.

—Vavílow es un niño, le manifesté. Tiene una fe en el comunismo, como un cristiano del siglo diez creía en la vuelta del Salvador. En el fondo, ese comunismo es una religión, aunque se creen ateístas en Rusia. Vavílow es de opinión que la mentalidad chilena está suficientemente desarrollada para el comunismo. En una ocasión me manifestó: «Lenin dijo una vez que si se lavaba bien a los innumerables pretendidos «rojos» que hay en Rusia, resultarían blancos; yo quisiera caracterizar la situación espiritual de Chile parafraseando la afirmación de Lenin. En efecto, aquí hay muchos blancos que, bien lavados, resultarían «rojos»

—Yo, por mi parte, no creo en el comunismo, observó el Administrador. Pero tenemos que hacer un esfuerzo para tener una economía planeada. El caos en que vivimos no puede continuar. La Cosach es una empresa bien planeada. Tenemos excelentes plantas, lo más moderno y perfeccionado de la técnica del siglo. La máquina ha desplazado al obrero, pero nadie se ha preocupado del obrero que perdió su trabajo. Hay bastante que hacer en el mundo para darles ocupación a todos. Es también necesario modificar la distribución de las rentas y aniquilar la influencia de los banqueros. Algún día, quizás más cercano de lo que suponemos, se hará eso. Entonces todo funcionará bien. Cada cual desempeñará un papel útil y tendrá la situación que merece

Así decía el Administrador. Pero él no es comunista.

Más allá se levanta la primera chimenea de una oficina salitrera: Sargento Aldea. Pronto sigue otra, y luego desfilan hilera interminable a nuestra izquierda, sobre el borde del valle porque avanzamos

Una sola de todas está en trabajo: Chacabuco. Frente a ella, en el valle, se encuentran todavía las trincheras bolivianas que Baquedano tomó con elegancia y brío. Parece que sólo ayer fueran evacuadas.

Chacabuco es la más moderna de las oficinas sistema Shanks. Se construyó en 1925, con un costo de un millón de libras esterlinas. Trabajan actualmente 1,800 hombres, con una jornada reducida a cuatro días y medio. Se producen 7,000 toneladas, pero puede producir 15,000 al mes.

Visitamos la planta. Hombres desnudos, de enormes músculos, sudan vaciando los cachuchos. La técnica mucho ha progresado, pero aquí, sin la ayuda del hombre, que realiza el trabajo más pesado, ella no funcionaría.

El campamento está muy bien tenido. Casas sencillas, pero cómodas, de madera. Orden y aseo.

Al lado de la planta, un montón de sales blancas: 127,000 toneladas de salitre a la vista, exactamente el consumo de Francia del año en curso. El Ataché toma una vista y dice que la enviará a Europa, para que vean lo que son 127,000 toneladas.

—Pero si tienen tanto stock, observa el Diplomático, lo justo es bajar los precios. ¿Qué ganan con conservar este salitre en la Pampa, hasta que los intereses se hayan comido el capital invertido?

Estamos de buen humor.

Después tomamos la espléndida nueva carretera de Chacabuco a Pedro de Valdivia y María Elena. Son 72 kms. y atravesamos el Llano de la Paciencia, un plano inmenso, absolutamente desierto. En todo el trayecto, el único testimonio de vida son dos campamentos de cinco ranchos que ocupan las cuadrillas camineras.

Más allá pasamos por el cerro Solitario, con una columna geodésica en la cumbre. Desde el horizonte saluda la cadena de la alta Cordillera: los gemelos San Pedro y San Pablo, el Lascar, el Licancaur. Observamos los cerros de Monte Cristo, detrás de los cuales se encuentra Chuqui. Vemos la depresión de la pampa hacia el río Loa.

—Este paisaje lo llena a uno del anhelo de penetrar en él, observa el Diplomático. Quisiera avanzar a través del desierto, bañarme en la arena, ascender los cerros, conquistar lo desconocido. No sé como decirlo, pero me parece que el desierto hace despertar instintos primitivos y salvajes. Uno se siente como si naciera de nuevo, mucho más vivo y vigoroso. En la Siria experimenté iguales sensaciones.

Comenzamos todos a alabar los encantos del paisaje. Pero

quizá nos alejamos demasiado de la vida real. Al menos, a mi me convenció de ellos un Ford que encontramos en el camino y que nos pidió agua, pues se le había agotado totalmente.

—Desde veinte horas estoy esperando esta ayuda, dijo el chofer.

—Antes, cuando la Pampa trabajaba, observa el Administrador, el tráfico era tan intenso en este camino, que nos vimos obligados a construir esta nueva huella al lado de la antigua, que se encuentra en perfectas condiciones, pero que no podía absorber el tráfico que había. Los accidentes eran tan frecuentes que casi era más peligroso el viaje a través del desierto que en una gran urbe.

En realidad, es ésta una de las tantas paradojas de las Pampas del Norte.

Después cayó la noche. A lo lejos brillaba un mar de luces, como si fueran de una gran ciudad, en medio del Llano: es Pedro de Valdivia.

El cielo parece arder en colores amarillos y rojos, de matices indescriptibles. Al atardecer, el desierto revela todos sus encantos.

Sobre un fondo rojo claro, se extienden hacia el cielo los inmensos brazos negros de gigantescas palas mecánicas. Están colocadas en interminable hilera y son como un suspiro, como una sed inmensa de trabajo. O, si se quiere, simbolizan las fuerzas endemoniadas que fueron desencadenadas en el desierto y que ahora se ven crudamente abatidas.

Luego visitamos la pulpería de esa ciudad que se llama Pedro de Valdivia y que tiene 10,000 almas. Es un hormiguero humano. Mujeres bien alimentadas y bien vestidas entran y salen. El precio de las mercaderías es ínfimo, mucho más bajo que en Santiago. La carnicería dispone de enormes frigoríficos. Hay aquí todo lo necesario para la vida: alimentos, géneros, calzado, libros, artículos de confort. Todo ha sido racionalizado, metodizado, organizado.

Un personal, poco numeroso, atiende las necesidades de 10,000 habitantes.

—Esto es asombroso, observo. Vea, Ministro, el derroche de trabajo que hay en nuestros pueblos. En cada esquina se encuentra un turco o italiano. Para diez mil almas, existen doscientos almacenes. Cada cual tiene transacciones de pequeñísimo monto, y la consecuencia es un recargo enorme de los costos de los productos, porque todos quieren vivir. Aquí, con un poco de organización, el caos ha desaparecido. Se consigue aten-

der las necesidades humanas a menor costo, en forma más higiénica y racional.

—Tiene usted toda la razón, dice el Diplomático. ¿Pero dígame, y dónde queda la libertad individual? Usted quiere obligar a todo el mundo a atender sus necesidades de igual manera, a consumir lo mismo, a tener idénticas necesidades. Eso no es humano. En cuanto a mí, yo no compraría absolutamente nada en esta pulpería. Yo no me sometería a esta dictadura.

—Pero, permítame, señor Ministro, replicó el Administrador. Nosotros también tenemos aquí la venta libre. Usted podrá visitar los almacenes y tiendas independientes. Existe aquí absoluta libertad.

Sin embargo, el hombre no parece apreciar tanto la libertad en sí. Al menos se desprendía esto del hecho de que los almacenes y tiendas independientes se encontraban casi desiertas.

Nos hospedaron en el comfortable chalet del Administrador. En el hall, las paredes están cubiertas de exóticas trepadoras. No hay lujo, pues éste relajaría los hábitos de trabajo y la energía que demanda la labor ruda y esforzada en la Pampa. Pero hay confort. Todo ha sido hecho en la forma más práctica imaginable. Todo ha sido racionalizado, cada objeto parece compenetrado del espíritu de ingeniero. Naturalmente, esto no ha crecido en Chile. Hasta los muebles, standardizados, de metal, han sido importados. El menaje es del tipo de oficina. Se repite exactamente igual en todas las casas de empleados, y no hay distinción entre las de jefes y subalternos.

Después de un baño, smoking, damas en toilette de noche, comida refinada, chistes, buen humor. Algún cansancio de arte de mis compañeros de viaje.

Aparece un nuevo tipo humano: el inglés de la Pampa. Muy simpático, afable, de claros ojos azules y carne rosada.

El Administrador cuenta un chiste.

—Nunca me olvidaré de un viaje que hice en el ferrocarril que administra mi amigo inglés. En una estación solitaria de la Pampa pedí pasaje a Taltal. El jefe de estación me preguntó en qué clase deseaba viajar. ¿Cómo, le pregunté, hay varias clases? Pues sabía que el tren constaba de numerosos carros salitreros, pero de uno solo de pasajeros, en que viajaban todos. En fin, tomé un boleto de primera. Llega el tren. Me acomodo en el único carro de pasajero, junto con los obreros. Qué diablos estos ingleses, pensé, de pedirle a uno más por el viaje que a los demás. Sin embargo, más tarde me convencí de que la diferencia de pasajes tenía su razón. En efecto, cuando llegamos a una cuesta, la locomotora no fué capaz de arrastrar el convoy. Apa-

reció entonces el conductor y ordenó: los pasajeros de tercera ayudarán a empujar, los de segunda podrán subir a pie y los de primera podrán permanecer en el carro.

Hilaridad.

—¿Y qué hizo usted? preguntó el inglés.

—Como buen yanqui, ayudé a empujar.

Pero a mí me pareció que su ayuda obedecía antes al afán de protestar contra la técnica deficiente de los ingleses.

La conversación se dirigió más tarde a la política. Una señorita chilena trató de convencerme de que Antofagasta había salvado a la República. Todo el Norte se presentaba, en efecto, unido, y a pesar de toda su miseria actual, estaba convencido de dirigir al país.

Después, conversando solo con el Diplomático, me hizo esta observación:

—¿Se ha fijado usted que los ingenieros chilenos han sido perfectamente yanquizados? Es cierto que se interesan por la política nacional, pero observe usted sus hábitos, su lenguaje, su entusiasmo por la técnica: eso no es latino. A mí, todo este ambiente me parece detestable. Es un mundo que no comprendo. Jamás me habría imaginado que la esclavitud y el vasallaje podrían tomar tal desarrollo. Aquí no hay alma, no hay espiritualidad. Con esto termina la vida. Mi sentimiento se subleva, quisiera huir a algún rincón solitario del desierto y adorar a algún volcán, como los paganos.

—Espérese, le repliqué. Ya veremos otras cosas interesantes, siempre que ustedes quieran acompañarme a los oasis donde se desarrolló la vida primitiva y original de los aborígenes.

—Convenido.

Las mujeres comentaban la vida social de la Pampa. Una chilena le dedicaba elogios a la hospitalidad yanqui, al espíritu de camaradería que reinaba en las relaciones entre jefes y subalternos y al afán en hacer agradable la vida en el desierto. El diplomático quiso explicar todas estas condiciones, presentando un análisis de la psicología anglosajona.

Pero el inglés protestó.

—Esto no es inglés, afirmó. La evolución ha separado de tal manera a los dos pueblos hermanos, que se distinguen substancialmente en la actualidad. Los yanquis ni siquiera tienen el derecho de decir que hablan el idioma inglés, porque la lengua en que se expresan no es el inglés.

Todo eso lo decía medio en broma y nadie podía molestarse por ello. Pero sus palabras expresaban, además, la protesta de la vieja Europa contra el Nuevo Mundo.

Aquel inglés—y como él hay muchos—, se había acomodado, sin duda, perfectamente en el ambiente exótico de la Pampa y probablemente iba a morir en ella. Amaba a este país, pero no era su patria. Toda la simpatía que profesaba a lo nuestro, provenía de la situación que se había formado. Había en su tolerancia el cariño que el conquistador tiene por lo conquistado. Como señor soberano de un pequeño mundo, uno forzosamente tiene que defender lo suyo. Pero detrás de esta actitud de benevolencia hay una conciencia de la fuerza que uno representa y cierta dulce nostalgia por las verdes praderas de la lejana patria. Para hacer revivir los recuerdos del terruño—y quizá también, a veces, para suprimirlos—hay un remedio infalible: el whisky. El whisky es para el inglés, lo que es el opio para el chino, o sea, un «hachich» de maravillosas cualidades.

Despiertos por él los ánimos, el Administrador comenzó a desarrollar por segunda vez su teoría social. Evidentemente, había leído a los tecnócratas. y creía en la posibilidad de resolver los problemas de la Humanidad, así como se construye un planta salitrera. El gran enemigo, que se encuentra en el fondo, la barricada que hay que salvar: ese es el capital, el mundo de los banqueros, incomensurable e ininteligible para el ingeniero genuino. Cree éste que está dominando y no se da cuenta que hay una fuerza avasalladora que lo domina a él. La presiente, y la odia. Pero no ha reflexionado sobre las posibilidades de destruirla.

Fué casualidad o existen aquí relaciones más profundas, el hecho es que el Administrador comenzó a hablar otra vez sobre Vavílow. Parece que este personaje ha dejado una impresión muy profunda y que la inmensa sombra del comunismo no desaparecerá tan pronto del desierto.

Lo más curioso es que mis amigos europeos habían desarrollado toda su filosofía anti-técnica, antes de haber visitado las plantas modernas de Pedro de Valdivia y María Elena. Hice, al día siguiente, esta observación al Diplomático.

—Eso no tiene nada de particular, ni debe usted admirarse en lo más mínimo de ello. El verdadero europeo no se deja impresionar por la acumulación de instalaciones. Quizá un examen demasiado cuidadoso y atento de las maravillas técnicas, contribuya solamente a perturbar el criterio y el juicio sano. Usted comprenderá que todo microcosmo se exterioriza en forma espiritual, de alguna manera. El alma de las creaciones humanas

reside en todas sus partes y se encuentra tanto en una máquina gigantesca como en cualquier rincón de estos edificios. El arte consiste, precisamente, en descubrirla donde menos piensan que pueda morar. El espíritu de fineza nos permite hacer este análisis. Todo el ambiente de ayer en la noche, las conversaciones, las modalidades, los hábitos, si usted quiere, la manera de colocar los labios o de mover los pies: todo eso fué una revelación maravillosa del espíritu que reside en estas obras. Yo ya lo conozco perfectamente y tengo la seguridad de que no tendré que agregar ningún detalle al cuadro que poseo acerca de sus condiciones.

Fuimos en seguida al desierto y vimos funcionar las palas mecánicas. Los barreteros habían perforado la sobrecarga con barrenos mecánicos y colocado 400 tiros. Mediante una leve presión sobre un botón eléctrico, hicieron explosión esos tiros. Como un tanque, dotado de un inmenso brazo, la pala mecánica se movía sobre la Pampa, bajaba el brazo y cargaba la mano de material, para levantarlo en seguida y depositar el material estéril en el terreno ya explotado. Una vez separada la sobrecarga, una nueva serie de 400 tiros colocados en el caliche preparaba el terreno explotable para su extracción mecánica. La pala se movía a través de los trozos tronados y cargaba el material sobre los carros del ferrocarril. Extraído el caliche, la pala tomaba la línea férrea y la transportaba algunos metros más hacia atrás, para poder iniciar la explotación de una nueva faja.

Antes, todas estas operaciones demandaban un extraordinario esfuerzo físico humano. El desierto devoraba al hombre, destruía su salud, lo aniquilaba. Ahora, el hombre se limita a dirigir la máquina. Ella le obedece ciegamente. Se mueve a través del terreno accidentado, en forma soberana, con suma libertad, como si todo eso no significare el menor esfuerzo.

—Antes, 400 hombres, sometidos a condiciones de trabajo sumamente pesadas, no lograban realizar la labor que ahora está a cargo de 40, nos explicó el Administrador, feliz de poder demostrar los progresos alcanzados. Este trabajo, que antes era infernal, se ha convertido en una rutina, agregó.

El ferrocarril conduce el caliche a la planta y lo deposita en las chancadoras. Cada carro es volcado sobre una abertura gigantesca, en cuyo fondo hay una garganta de infierno. Se levantan inmensas polvaredas.

Abajo, una cinta recoge los trozos y los conduce a los tanques de lixiviación, de 7,000 toneladas de capacidad, cargados mecánicamente. Aquí se agrega agua salobre del río Loa, recalén-

tada a 50°C y se prepara así la legía. Los caldos pasan en seguida a la planta de cristalización. En la planta de cristalización se bajan las temperaturas con la ayuda de amoníaco. Cristalizado así el salitre, se extrae el agua por medio de una centrífuga. En seguida se funde el salitre producido. El líquido, que tiene 350°C, es conducido a la planta de granulación. Una especie de soplete produce una lluvia dentro de un enorme edificio, y al caer el salitre, adquiere la forma de granos. Una nueva cinta mecánica conduce los granos a la cancha, donde se secan, y se pasan a la ensacadura, que también es mecánica, con pesadura y cosedora igualmente mecánicas.

Una vez extraído el salitre del material depositado en los tanques, una gigantesca draga mecánica se encarga de vaciarlos.

Para mover la planta y los ferrocarriles y producir el calor necesario, Pedro de Valdivia dispone de una central eléctrica de 27,000 H. P.

—Lo único malo que tienen estos motores Diesel, nos explica el ingeniero, es que son de procedencia alemana.

En sus ojos azules se destaca una sombra, motivada por el recuerdo del rival europeo.

—¿Y por qué razón han empleado motores alemanes? le pregunto.

—Porque tales turbinas de 5,000 H. P. cada una no se construyen en ningún otro país del mundo, fuera de Alemania. Sin embargo, ellas se han comportado admirablemente bien, agrega. Jamás nos ocasionan la menor molestia. En realidad, ellas constituyen el alma de toda la planta. De aquí sale la fuerza, que nos permite recuperar una tercera parte de las calorías del petróleo. Otra tercera parte la recuperamos utilizando el calor del agua que refrigera las turbinas y que se emplea para calentar los líquidos, a fin de facilitar así la lixiviación.

En verdad, todo esto es gigantesco, grandioso, inmenso. Funciona automáticamente. El hombre se limita a dirigir las máquinas. Hay absoluto dominio de la materia. La técnica ha celebrado uno de sus mayores triunfos.

Agréguese a esto el exagerado aseo que reina en todas partes, el orden, la cleanliness, la línea sencilla y armoniosa de los edificios, construídos todos, incluso las viviendas para los obreros, de cemento armado, las maestranzas, dotadas de todo lo necesario, aun de instalaciones que permiten construir plantas para elaborar subproductos, la obra de arte que constituye la contabilidad y estadística, la organización del trabajo, el bienestar, el hospital modelo, el buen trato: ¿no es todo eso una maravilla?

—Sin embargo, afirma el Diplomático, con 27 millones de dólares invertidos en María Elena y 32 millones en Pedro de Valdivia, es muy sencillo hacer todo esto. Cualquiera lo haría. Es un problema material. Disponiendo del capital, es muy fácil hacer todo esto.

—Pero la verdad es que nadie lo hizo antes de nosotros, replica el Administrador. Aun más: nadie creyó que fuera posible hacerlo. Cuando nosotros manifestamos que mecanizaríamos la extracción del caliche, empleando palas automáticas, todos los antiguos salitreros de la Pampa, sin ninguna excepción, se reían de nosotros y afirmaban que se trataba de un bluff yanqui. Lo mismo decían cuando introdujimos el nuevo procedimiento Guggenheim de elaboración del salitre. Sin embargo, es un hecho que este procedimiento es mucho más barato que cualquiera otro y que no se trata de un puro bluff yanqui.

Mientras el Administrador hacía estas declaraciones, pasábamos al frente de un inmenso edificio, al parecer sin uso. Le pregunté que objeto tenía.

—Oh, replicó, esta es una planta de granulación que hemos construído y que no sirvió para nada. Aquí se han botado dos millones de dólares.

Observé una sonrisa sobre la cara del Diplomático.

Y pensar que toda esta maravilla ahora ya no funciona. Que allende el océano existen las plantas de Leuna, de Oppeln y otras tantas, que han venido a desplazar a nuestro salitre, que todo esto se gastó mientras que se había iniciado la lucha a muerte con la competencia y que quizá esta lucha esté perdida.

Después, en la hora de almuerzo, continuó la discusión del problema. Alguien preguntó qué sería del destino de los obreros desplazados por la máquina en la Pampa, pues es sabido que en vez de los 60,000 obreros que antes demandaba la producción de tres millones de toneladas de salitre, ahora esa misma cantidad podía ser producida con la ayuda de sólo 20,000.

El Administrador contestó:

—Hay bastante que hacer en el mundo, para darle ocupación a todos los individuos. Lo que ocurre es que el mundo se encuentra desordenado y desquiciado. El progreso social y político no ha guardado relación con el desarrollo de la técnica. La técnica es perfecta y puede hacer milagros, pero la organización social lo impide. La culpa la tienen los bancos, que son instituciones infernales.

Y en seguida recordó impresiones de Venezuela, donde trabajó en las faenas petrolíferas.

—El único hombre que se dió cuenta del problema, fué el

Presidente de Venezuela, afirmó, don Vicente Gómez. Gómez no toleró a los bancos. En una ocasión tuve que presentar un proyecto de organización de la Cía. Nacional de Refinación del Petróleo. Nuestra mayor preocupación consistió en evitar la emisión de bonos, pues sobre esta base el Presidente jamás habría autorizado el negocio. Gómez detesta todo lo relacionado con los bancos y el crédito. Y ustedes ven, que Venezuela es quizá el único país no afectado por la crisis actual.

El Ataché también había estado en Venezuela, y así la conversación no se apartó de este tema.

Sobre la aridez del desierto se proyectó la visión de selvas tropicales, ríos caudalosos y el exotismo de una psicología humana, exuberante como el paisaje que se extiende bajo el húmedo sol de la zona del ecuador.

PUEBLOS PERDIDOS DEL OTRO MUNDO

En la tarde, el automóvil recorrió los 150 kms. que mide la distancia de Pedro de Valdivia a Chuqui, en dos horas.

El valle del río Loa parece una paradoja en medio del desierto. No se concibe que la aridez no absorba la corriente líquida. Pero pronto nos rodea otra vez la soledad. Es aquí de color café amarillento.

Avanzamos por una depresión del terreno que es encerrada por altas montañas a ambos lados: a la izquierda se encuentran los cerros de Chug-Chug, a la derecha los de Montecristo y al frente el macizo del Inca.

Nos acompaña una doble fila de torres que conducen la energía eléctrica desde Tocopilla.

Poco a poco. subimos a las montañas. Arriba, en la cumbre, nos sorprende un paisaje soberbio. El manto gris de la tarde cubre ya el valle del Loa, pero la transparencia diáfana del aire nos transmite los suaves colores, de finísimos matices, de las altas cumbres de la Cordillera. Es un panorama amplísimo, de un sabor indescifrable. Al frente, brillan los terraplenes amarillos de Chuquicamata.

El «guest-house» de Chuqui no se caracteriza por la «neue Sachlichkeit» de las oficinas salitreras. Recuerda a un hogar burgués de Yanquilandia.

La conversación había cesado casi completamente durante la tarde. Sentíamos algún cansancio, después de las fuertes impresiones que habíamos recibido en las salitreras. Además, el paisaje del desierto nos entretenía suficientemente.